

Alberto Vázquez

el pecador*

LUZ GARCÍA MARTÍNEZ

A Juan Alberto "Coquito", el ángel más bello

“ Quizá usted apreciable lector se preguntará: ¿Por qué es importante que mis memorias queden plasmadas para el conocimiento del público? Siempre he dicho como muchos otros, que mi loquera es que el hombre tiene que escribir un libro, tener un hijo, sembrar un árbol, estar en la cárcel y en un hospital y yo he hecho y he tenidos todas esas cosas y vivencias, pero no había hecho el libro de mi vida.

Creo que es importante que si soy una persona pública me conozcan realmente tal y como soy, sin tapujos, qué cosas he hecho, qué cosas no hice, en qué líos me he metido, de cuáles he salido, es decir, la verdadera historia de mi vida: cómo conviví con mis padres, cómo crecí, en qué medio viví, cómo fue mi vida, cómo fue mi adolescencia, quienes fueron mis novias, lo loco que fui, los juegos que hice, a lo que me dediqué, cosas que hice mal, cosas que corregí, todo eso es importante para que la gente diga: "Pues, éste cuate era tremendito" o "¡Qué buena onda, qué bueno que hizo esto, qué bueno que salió de esto, qué bueno que se metió en esto!" y que el lector en ciertos momentos piense: "Híjole, Alberto Vázquez está haciendo esta estupidez, ipero que idiota!", es decir, que se metan en la historia, como sucede con los libros de Irving Wallace, excelente escritor y de quien he leído casi toda su obra, donde te metes en la historia del personaje y eso es lo que traté de hacer, que conozcan realmente mi vida, sin falsearla, tal y como fue.

Gracias a Dios, nosotros los cantantes y los que andan en este medio tanto pintores, escultores, dejamos algo que va a perdurar en el tiempo; quizá el cantante aún más porque queda ahí la voz que es más fácil que la escuche cualquier persona a tener el cuadro de algún pintor reconocido, por eso,

creo que es importante que no me quede con las ganas de escribir un libro, de narrar mi vida.

Hace tiempo, en mi página de *Internet*, narré algunas anécdotas y la gente me escribió diciéndome que estaban fascinados: "Alberto, ¡está padrísima la historia de tu vida, cuéntanos más!", así decidí narrar mi vida, reflexionar sobre los diversos sucesos que cuento en este libro, trabajando con mi gran amiga, la periodista y escritora Luz García Martínez, quien conoció al ser humano y al artista, cuestionándome sin complacencias, escuchando, grabando los recuerdos de mi vida, sin inventar cosas porque no sería realmente la historia de Alberto Vázquez.

Muchos han escrito sobre mí, pero aquí estoy yo de cuerpo entero, hablando de lo que verdaderamente soy, y si bien hubo partes que quizá no recordaba, éstas se enriquecieron con las charlas que Luz García Martínez tuvo con mis amigos y la gente que me conoció desde que era un niño.

Si todos escribiéramos nuestra historia tal y como es, cada libro sería un "best seller", porque todo ser humano tiene mil cosas y circunstancias que contar, las cuales lo formaron e hicieron su permanencia en este mundo. Por ello, con mi mayor sinceridad y humildad pongo ante ustedes, mi verdadera historia: *Alberto Vázquez, El Pecador...*

—Alberto Vázquez Gurrola. Torreón, enero de 2010

Ahí viene el "Coco"

Sus padres, su familia y sus amigos lo llaman simplemente "Coco" desde antes de nacer. "Coco", ese personaje imaginario con que se asusta a los niños cuando se les dice:



Alberto Vázquez

“a dormir porque viene el Coco”, pero a él simplemente le dicen “Coco”, porque su madre le contaba que antes de que naciera “tenía la panza como un coquito”, el fruto del cocotero de cáscara fibrosa, hermosamente redonda.

Nació el 20 de abril de 1940 en Guaymas, Sonora, donde pasó sus primeros años, cuando México era un país que iniciaba un notable desarrollo industrial y el crecimiento de una gran urbe: la ciudad de Los Palacios, y la región más transparente, la ciudad de México, que en el presente, en 2010, es la más habitada del mundo.

En 1947, cuando tenía sólo siete años, sus padres lo trajeron a vivir a la ciudad de México, en una colonia de clase media muy conocida en aquel tiempo, la Hipódromo Condesa, en un edificio de departamentos de la calle de Celaya, en el número nueve y lugar de donde tiene los mejores recuerdos de su infancia, “ahí encontré a mis mejores amigos, fue una época inolvidable”.

En esta ciudad cursó sus estudios de primaria, en el Gordon College, ubicado en la calle de Benjamín Franklin, ahora Universidad La Salle, frente al edificio Condesa que tardó 14 años en construir el arquitecto inglés George W. Cook (de 1911 a 1925) y después en la escuela pública para varones “Alberto Correa” situada en la glorieta Miravalle, donde está actualmente la Fuente de Cibeles, en las calles de Durango y Oaxaca.

Fue un niño muy travieso, hiperactivo como se les conoce actualmente, astuto, audaz, pero también noble, siempre ha tenido cariño por las personas mayores, especialmente las mujeres. “Cuando era un adolescente recuerdo que había una viejita que vendía títeres, delgada, chaparrita, ya no podía caminar, el caso es que todo lo que me daba mi padre de domingos, lo juntaba y mis amigos me hacían burla porque se lo daba a esa viejita que cada semana ahí andaba por la calle donde yo vivía, porque sabía que yo le iba a dar esa lana, ¡me daba mucha ternura verla tan viejita, cargando sus títeres y vendiéndolos! Eran unos títeres de barro, de mujeres, hombres y diversos monitos, no de algún personaje en especial que la señora misma hacía, compraba el barro que amasaba como plastilina, les daba forma, los quemaba y luego los vestía...”

Pero ustedes se preguntarán: ¿quién es “Coco”? es un sonorenses a mucha honra y adoptado de la Laguna desde 1962, que soñó primero con ser pintor y escultor, pero estuvo sólo un día en la Academia en San Carlos, porque no le gustó

dibujar un jarrito, sin imaginar jamás que dedicaría su vida a otra veta del arte: el canto.

“Es verdad que cantaba siempre con mis amigos, quienes me pedían tanto el “día de las madres” como con las novias, ser el encargado de cantar en las serenatas, ¡pero ni aún así, pensé siquiera que de esto viviría!” Un don que marcaría su pasión, su vida, su historia con su voz ronca de barítono bajo; es un actor y solista que he incursionado en diversos géneros como el rock and roll, el pop, la balada y la música ranchera y que ha logrado en México y otros países del mundo un lugar muy especial, su nombre es Alberto Vázquez.

Su pasión por el canto empezó desde pequeño. Recuerda que en su casa siempre fueron muy musicales todos, comenzando por sus padres, Alberto Vázquez y Socorro Magdalena Gurrola, “que tenían aquellos grandes discos de vinilo de 45 revoluciones, con canciones en ambas caras y de todos los géneros: Agustín Lara, Pedro Vargas, Frank Sinatra, Miguel Aceves Mejía, Jorge Negrete, Pedro Infante, María Victoria, Los Panchos, Hugo Avendaño, José Alfredo Jiménez y muchos cantantes más. En realidad, toda una gama de estilos diferentes, cada quien tenía un estilo propio como el mismo puertorriqueño Daniel Santos con la canción *Despedida*, de Pedro Flores y uno de los grandes éxitos de Daniel, que cuenta la historia de un recluta firme que tiene que dejar a su novia y a su madre enferma, situación que vivió tiempo después el mismo cantante”.

Pero una influencia aún mayor fue la de su hermano Carlos, quien era muy distinto a Alberto, era muy calmado “y cuando teníamos algún pleito, el que me pegaba era él, yo le podía haber pegado porque era más fuerte, pero por ser mi hermano mayor no podía hacerlo, recuerdo que cuando me daba un trancazo con la mano cerrada, yo me defendía con la mano abierta, ¡en fin, todos los hermanos se agarran, pero nos quisimos mucho!...”

A Carlos le gustaba cantar ópera y compraba discos del gran cantante y actor estadounidense: Mario Lanza. “Y de verdad que Carlos cantaba al parejo con él, tenía una voz privilegiada y me podía pasar horas escuchándole”.

En el piso superior del edificio de Celaya número nueve, vivía un maestro muy famoso, Carlo Morelli, impulsor de nuevos talentos en el Conservatorio Nacional de Música y formador de alumnos destacados como la soprano Alicia Aguilar, el tenor Froylán Ramírez y del barítono Francisco Velasco, “quien en infinidad de ocasiones le pidió a mi padre que mandara a

mi hermano Carlos a vocalizar con él, porque le veía muchas facultades en ese terreno. Cierta día, en la entrada del edificio, mi padre se encontró con el maestro Carlo Morelli, quien le dijo lo siguiente:

–Don Alberto, he escuchado cantar a su hijo Carlos, tiene una voz tremenda y le auguro mucho éxito si se decide a estudiar canto conmigo, además por ser vecinos, las clases serán totalmente gratis.

–Mi padre respondió: “Gracias, señor Morelli, se lo diré a mi hijo...”

“En ese tiempo, yo tenía unos 10 años y mi hermano Carlos, 17. Recuerdo que mi padre se sentía muy orgulloso de saber que a su hijo mayor lo admirara una gran personalidad como era el maestro Carlo Morelli y al entrar al departamento le preguntó a mi madre:

–Socorro, ¿dónde está Carlos? –y le contó el suceso que acababa de tener con Carlo Morelli.”

El caso es que Alberto se enteró primero y soñaba aún más que Carlos con poder cantar arriba, en el departamento de don Carlo Morelli, con todos los que ahí tomaban clases. “Recuerdo que hasta Plácido Domingo conoció al maestro pero no estoy seguro si llegó a tomar clases con él, pero de los que sí recuerdo que asistían están el barítono Hugo Avendaño Espinoza, el estadounidense Andy Russell, el tenor Alejandro Algara, don Pedro Vargas y muchos más. Me pasaba horas viendo qué artistas llegaban y escuchándolos cuando cantaban, era una emoción muy especial que desde entonces sentía por todo lo que se refería a cantar, ¡así empezó todo...!”

En el edificio donde vivía, entrando al fondo, había un gran patio circular al cual daban todos los departamentos. Su familia ocupaba toda la planta baja, ahí vivía con sus padres, su hermano, su abuela y su tío Pepe. “Recuerdo que entrando, del lado izquierdo de la reja, estaba la sala, después las recámara de mis padres y la de mi hermano y mía, del lado derecho y al fondo, el baño, luego la cocina de mi madre y siguiendo en redondo, empezaba la casa de mi abuela: su cocina, su recámara, la recámara de mi tío Pepe, el baño y el comedor de mi abuela que era el más grande y donde todos comíamos, ¡pues al fin y al cabo, finalmente era una sola casa!”

“Yo me metía debajo de las escaleras y esperaba a que llegaran los que tomaban la clase con el maestro Morelli. Al escucharlos subir me asomaba para saber quién era y de esa forma conocí a varios cantantes, quizá alguna vez saludé a algunos de ellos cuando terminaban de tomar su clase, pero

nunca los conocí realmente bien, yo era un niño de 10 años. Por lo regular, los escuchaba vocalizar “la, le, li, lo, lu”, que iban subiendo de tono y luego volvían a bajar junto con el piano y cantar canciones como *Santa Lucía* en italiano: “*Sul mare lucica l'astro d'argento// Placida è l'onda, prospero è il vento// Venite all'agile barchetta mia// Santa Lucía, Santa Lucia!// Con questo zeffiro così soave,// oh! com'è bello satar sulla nave!// Su passeggeri, venite via!// Santa Lucía, Santa Lucía!*”

Cierta día, su padre los invitó a “El Malecón”, un restaurante donde le gustaba comer, ubicado en el centro de la ciudad, en la calle de Venustiano Carranza, continuación de Artículo 123. “Nunca olvidaré ese día porque me gustaba mucho ir a “El Malecón” y siempre que mi padre iba, me le pegaba. Esa tarde, con toda la familia, papá aprovechó el momento de los postres para darle la noticia a Carlos, quien al escuchar que le daría clases de canto el maestro Carlo Morelli, se puso muy nervioso, como si fuera a realizar un examen para entrar a la Facultad y le dijo:

–Papá, dame un poco más de tiempo para sentirme seguro de tomar esas clases de canto.

–A eso vas a ir Carlos –contestó mi padre–, para estudiar las bases con las cuales tendrás la seguridad del canto, estás en el mejor momento de tu vida. Además el maestro Carlo Morelli no nos va a cobrar las clases, conoce a mucha gente del medio artístico y te aseguro que te podrás relacionar muy bien si tomas en serio tus estudios y no pierdes el tiempo y cuanto antes lo hagas, será mejor.”

Al regresar a la casa, antes de dormir, en su recámara, Alberto le dijo a Carlos que no dejara de ir a tomar las clases. “Curiosamente, creo que en toda la vida, fui el único que llegó a cantar a dúo con mi hermano, quien temblaba de los nervios y me decía: “Alberto, no voy a poder hacerlo, siento que todo me tiembla...”

Le contesté que eso sería quizá al principio pero después se acostumbraría y sería algo muy normal. Y en la recámara, cuando estábamos solos, nos poníamos a cantar regularmente “*La Borrachita*”, melancólica canción de Ignacio Fernández Esperón, “*Tata Nacho*” que más o menos nos salía a los dos, ya que yo era siete años menor que él, pero ya con mi voz más ronca de barítono bajo y él de tenor; así cantábamos: “*Borrachita me voy para olvidarle,// le quiero mucho y el también me quiere.// Borrachita me voy, hasta la capital, pa'servirle al patrón que me mandó llamar anteayer.// Yo le quise traer, dijo que no: que si había de llorar, pa' qué volver.*”

“Lo más curioso que recuerdo es que Carlos se fascinaba cantando pero siempre a solas, nunca cantó en presencia de alguien, por ahí escuché que con algún amigo sí hacían la bohemia, ya que él no tocaba ningún instrumento, ese amigo se llamaba Mario Vidal quien tocaba la guitarra, iqué tiempos, qué recuerdos...”

Mi juventud y adolescencia

“Durante nuestra adolescencia y juventud, ¡divino tesoro! hacemos infinidad de cosas sin meditarlas. Cuando tenía 13 años, me volaba el coche de mis papás que era un Ford 37 de color negro al que le pusimos “el Cabirio”, porque habíamos visto mis amigos y yo, una película italiana de Federico Fellini, “Las noches de Cabiria” en el Cine Prado (situado en el Hotel Del Prado que desapareció después del sismo de 1985), y como yo me volaba el coche de mi padre en las noches, le puse “Las noches del Cabirio”, -sonríe-. Era un auto que no usaba porque era muy viejito y lo tenía parado en la calle de Celaya y en ese carrito me iba con mis amigos, lo arrancábamos con puros alambres, no tenía asientos, le pusimos un “love seat” y él que se sentaba adelante, cuando arrancábamos, se tambaleaba todo en el asiento, -sonríe-, ¡éramos tremendos!”

Hace poco tiempo, durante un reencuentro de Alberto Vázquez con sus amigos de la infancia y la juventud: José García, Marcos Ortega, Ricardo y Jorge Blanco, recordaron algunas anécdotas que había olvidado: “Una anécdota muy importante y por la cual llegaba cansado, es que yo salía de mi casa que estaba en la calle de Celaya y me iba por las calles en la noche, caminando y cantando a todo volumen las canciones que sabía y llegaba hasta el parque de “Los Venados” que está arriba de División del Norte. Recuerdo que en el camino mucha gente me aplaudía y otros me maldecían, así fui recorriendo las calles donde me aplaudían y evitaba donde me maldecían, esto lo hice durante tres años que para mí fueron muchos y cuando me cansaba para regresar a mi casa, tomaba un taxi. Para cuando yo terminaba de cantar eran como las tres de la madrugada y obvio, a esa hora ya no había camiones, si no, sí los habría usado.”

“Tomaba el taxi y me bajaba en avenida Insurgentes, en un edificio donde vivía un amigo que se llama Santiago, yo vivía en Amsterdam y Celaya y le decía al chofer:

–¡Don, espérame un momentito, ahorita vengo, voy por dinero porque no me alcanza para pagarle!

–Apúrele joven, aquí lo espero.”

“Entraba al edificio y subía hasta la azotea por la cual salta a otra azotea y a otra, hasta salir por la calle de Celaya y el taxista pues nunca me podía cobrar porque yo no vivía en ese edificio y se dedicaba a tocar los timbres de todos los departamentos y preguntaba:

–Oiga, busco a un joven gordito que entró a este edificio por dinero para pagar el pasaje que me debe...”

“Pero no daban conmigo... Nunca pagaba porque no tenía dinero, pero no me iba en camión porque a ciertas horas de la noche ya no pasaba, ¡recuerdo todos esos detalles que hice más chuecos que nada! Cierta vez, que subía corriendo al edificio en una más de esas aventuras con los taxistas, iba saliendo la mamá de Santiago.

–Alberto, ¿qué haces, a dónde vas, qué andas haciendo? ¡Ah, con que tú eres el gordito por el que preguntan los taxistas, él que no les paga!

–Sonreí y le dije: “Es que no tengo para pagar”

–Pues no andes haciendo eso Alberto, está muy mal tu acción, no debes abusar así de la gente que trabaja para vivir, no seas así.

Y la señora me regañó muy feo, pero son cosas que pasan...”

“En esa época yo no era nadie aún, yo dejé de subirme a un camión desde la primera vez que me dieron un programa para que cantara dos canciones: *16 toneladas* y *El secreto* en el programa “Variedades de Mediodía” que conducía mi amigo Manuel “El loco” Valdés, en Televisión, que estaba situado en avenida Chapultepec, número 18 y desde ese día siempre pensé: “¡No puedo subirme a un camión, porque si me llega a ver alguna persona que me vio en el programa, pues perdería el “glamour” de un artista...!” –sonríe–.

“En nuestra época los juegos eran por temporadas: trompo, de fútbol (aunque éste lo jugábamos casi siempre), “yo-yo”, el balero, andábamos en patines o nos juntábamos todos en bicicleta ¡y nos íbamos hasta casa del demonio, muy lejos!”

“Recuerdo que íbamos al mercado de Medellín, al que me gustaba mucho ir en la colonia Roma, ahí comprábamos los trompos y en una tlapalería comprábamos estoperoles y limas para limarles la punta, la cual quedaba muy suavcita para levantarlos con la mano y no se sintiera la punta y los estoperoles se los clavábamos alrededor de la panza del trompo, para que cuando los hacíamos girar, zumbaran, eran juegos con miles de detalles que los niños y jóvenes de ahora no conocen...”

Centenario de Blas Galindo

MA. TERESA CASTRILLÓN

El 3 de febrero (día de San Blas) de 1910 nació en el pueblo de San Gabriel, Jalisco Blas Galindo Dimas, de ascendencia huichol, de la que él estaba muy orgulloso.

Este año es rico en conmemoraciones centenarias que parecen dar marco al Centenario de la Revolución mexicana. También ese año nacieron Miguel Bernal Jiménez en Morelia y por supuesto, universalmente celebrados Frederic Chopin (Polonia) y Robert Schumann (Zwickau, Alemania).

El pasado 3 de febrero hubo un homenaje a Blas Galindo en el Centro de las Artes, el que comenzó con una mesa redonda en el Aula magna José Vasconcelos en la que participaron entre otros su hijo Carlos Blas Galindo y su biógrafa Xochiquezal Ruiz. Después un pequeño concierto con canciones del Maestro Galindo, que es de lo más bello de su producción: Madre mía, cuando muera, Jicarita, Nocturno (del Poema de Neruda) y muchas otras en la voz de Gustavo Cuautli.

Después pasamos al Auditorio que lleva su nombre en donde se efectuó el concierto con la Orquesta Juvenil Carlos Chávez dirigida por Enrique Barrios. Ahí escuchamos la Obertura Mexicana No 2, Nocturno, Homenaje a Cervantes y Sones de Mariachi, además de un audiovisual creado por su hijo el Doctor Luis Galindo en donde vemos al niño Blas Galindo con su calzoncito blanco y su sombrero de paja en la escuela y tocando en la banda del pueblo, formada por él mismo.

Después se vino a estudiar a México al Conservatorio en las calles de Moneda 16. Ahí conoció a Carlos Chávez quien le tomó cariño y lo protegió siempre. Blas había llegado muy pobrecito a México y con su empeño y su traba-

jo fue subiendo y aprendiendo rápidamente de sus maestros Carlos Chávez y Candelario Huízar.

Podemos decir que es uno de los más acendrados representantes del Nacionalismo Mexicano. Junto con tres jóvenes compositores integró el grupo que se llamó de "Los cuatro"; ellos eran José Pablo Moncayo, Daniel Ayala, Salvador Contreras y el propio Galindo. Este período de 1939 a 1959 fue el más importante y es donde más refleja sus raíces. En los últimos años trató de integrarse a la corriente moderna con un lenguaje actual, pero como él dijo en una simpática conferencia. "Yo escribo moderno, ...pero me sale mexicano...". Y era cierto, siempre estaba su sello en todas sus obras.

Su obra más difundida fue Sones de Mariachi, que como le pasó a Ponce con Estrellita y a Moncayo con el Huapango, hicieron que se conocieran menos las otras obras, pero Blas Galindo tiene otras muy valiosas como las que escuchamos en el concierto, además el ballet "El Chueco", otro ballet "La Manda, las Canciones, la hermosa cantata "a la Patria", que cantamos el Coro del Conservatorio en la inauguración del nuevo plantel de Masarik en 1949 y muchas otras.

En el concierto que escuchamos en su homenaje, el público aplaudió efusivamente, y se sentía que era no sólo por admiración a su música, sino también al cariño al maestro.

Yo por mi parte lo conocí desde que ingresé al Conservatorio en 1948 en las calles de San Cosme donde estaba provisionalmente mientras se terminaba el plantel de Masarik. Él fue director diez años y puedo decir que han sido los mejores del conservatorio; había una atmósfera de cordialidad y compañerismo que atraía a los alumnos. Tenía un carisma, una risa fácil y una simpatía y sencillez que se dio a querer por todos. Después lo tuve tres años de maestro en la clase de Análisis de la Música a través de la Historia, que la daba en el mismo cuarto donde estaba la Dirección, lo cual creaba un clima de camaradería. Hacíamos días de campo (con él y con Moncayo), fiestas caseras o comidas. Cuando se fue a Polonia invitado para formar parte del jurado del Concurso Chopin (1949) le hicimos una comida de despedida en una fonda de San Juan de Letrán (hoy Eje Central) a la que asistimos muchos alumnos; éramos amigos y siempre fue un amigo muy querido hasta su muerte ocurrida en la primavera de 1993. Siempre será recordado con admiración al músico, al ser humano y al gran amigo. 🍷